

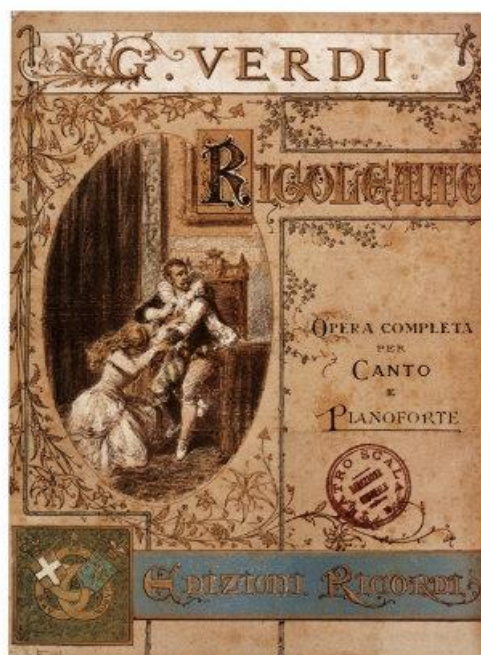
EN LA ILUSTRACION ARTISTICA DE BARCELONA, DEL DIA 5 DE FEBRERO DE 1883 Y CON EL TITULO DE UNA FANTASIA SOBRE MOTIVOS DE RIGOLETTO, PUBLICÓ EL ECIJANO BENITO MAS Y UY PRAT EL SIGUIENTE ARTÍCULO.



**Marzo 2019
Ramón Freire Gálvez.**

En esta ocasión, el ecijano Benito Mas y Prat, confecciona un relato fantástico (aunque tirando de historia e incluso actualmente en algunos países del mundo, hechos similares se producen todavía, desgraciadamente), sobre los caprichos de un noble que todo lo tenía y que, usando la fuerza si era menester, conseguía lo que se proponía, basándose el ecijano Mas y Prat para su relato, en el argumento de la ópera *Rigoletto*, de la que fue autor Giuseppe Verdi, estrenada el 11 de marzo de 1851 en el teatro *La Fenice* de Venecia y estando considerada, por muchos, una de las primeras obras maestras operísticas de mediados de la carrera de Verdi.

Nuestro paisano mezcla con el argumento de dicha ópera, para la realización de su relato, la crueldad de que hizo gala el emperador de Roma y a su madre, Nerón y Agripina respectivamente, nominando a los personajes de esa forma, emblemas del poder que tenían sobre el propio pueblo y sus ciudadanos, incluso de sus vidas, pero también se podía trasladar dichas actuaciones a la época de los señores feudales.



En definitiva, maravilloso artículo que, como al principio menciono, fue publicado en *La Ilustración Artística de Barcelona, del día 5 de Febrero de 1883*, decía así:

UNA FANTASIA SOBRE MOTIVOS DE RIGOLETTO

Había en la villa cierto conde,
llamado Nerón, como el romano,
y el cual tenía por madre otra
Agripina.
Hauf.



El pequeño Nerón se reclina en su lujosa carretela forrada de raso color de cielo, cuya portezuela esmaltan coronas condales; su madre Agripina ocupa el testero principal del lujoso vehículo luciendo provocativas blondas y piedras brillantes; al lado diestro del niño que tiene nombre de tirano y sobre bordados cojines échase



su perro Conviva, leal favorito traído expresamente para lamerle los pies, de las lejanas montañas de Terranova.

Cerca del paseo central, en donde voltean los carruajes y caracolean los corceles, formando una larga cadena de animados eslabones, a la sombra de los álamos y a pocos pasos de los asientos de piedra que dividen al paseo en dos enarenadas mitades, el hijo de un menestral mira con indiferencia el incesante desfile de troncos y máquinas costosas, y acaricia un primoroso caballo de cartón, cuya rizada cola de estopa, inmóviles ancas y pintada crin, compiten, a su juicio, con todos aquellos corceles de noble estampa, ricos arreos y belfos anchos y espumosos.

Nerón, que ha visto, al pasar, al niño y al caballo, manda a su cochero que detenga el paso de los suyos para contemplar a su sabor el precioso juguete; está cansado de ver ante sí el tronco brioso y soberbio que arrastra su carretela blasonada, y siente viva comezón de poseer aquel corcel, inmóvil, inofensivo y primoroso.

¡Mamá!, dice dirigiéndose a la altiva Agripina, que cambia en aquel momento la más voluptuosa de las sonrisas con uno de sus admiradores, yo quiero aquel caballo; los que nos llevan no se dejan

gobernar por mí y me dan miedo con sus resoplidos poderosos; iyo quiero aquel caballo! ¡Manda que se lo quiten a ese pequeño!

La madre acoge la petición del niño tirano con una estrepitosa carcajada. En efecto, el *grande* en miniatura, pide una solemne tontería; un caballo de cartón se lo puede permitir el hijo de un obrero; pero el de un noble los necesita de carne o de plata, para montarlos o para colocarlos sobre la repisa de jaspe de la chimenea.

Déjate de caprichos, dice al noble vástago que clava su negra pupila en el objeto codiciado; un caballo de cartón no puede adelantar un paso; para correr, para volar, para devorar las distancias y atropellar a las gentes son necesarios caballos de carne y hueso; esos no mueren, se rompen y cuestan muy poco dinero; si tales cosas han de apenarte en el mundo, será tu centro el globo mezquino que sirve para tus lecciones de geografía, y no vencerás jamás a los que galopan a tu lado.



Así dice Agripina, mandando al cochero que fustigue, con gesto imperioso; cruje el látigo, arrancan los caballos, y la carretela vuela y tiembla sobre sus ejes como si llevara dentro todo un universo de preocupaciones. Allá queda el hijo del menestral, con su blusilla azul y su galoneada cachucha, poniendo la brida de cinta a su caballejo de cartón y abriendo pequeños surcos sobre la arena con las cuatro ruedas de la peana.

Pasan y pasan carruajes, y blondas, y brillantes, y terciopelos, y flores, y senos desnudos, y bocas sonrientes, y grupos orgullosos; y vuelve a asomar la carretela triunfal del joven aristócrata, del pequeño Nerón, con sus coronas condales, sus bordados cojines, y sus lacayos y su perro.

Y vuelve a detenerse frente al hijo del menestral que no se mueve del banco, y vuelve a solicitar la atención del tiranuelo el caballito de cartón que ahora tiene trenzada su estoposa crin, atada la cola y recogidas gallardamente entrambas bridas color de rosa.

¡Lo quiero, mamita, lo quiero!... repite el niño tendiendo las manos, plegando las cejas y pellizcando las lanas del leal can, que aúlla de dolor sin enseñar los dientes. ¡Por ese caballo los míos!, por ese caballo la piel de Conviva. Vamos, Lázaro, ¿qué haces? ¿No oyes que lo quiero? desmonta o yo mismo...

Agripina vuelve a sonreír al contemplar la cólera de su primogénito, cólera que según la expresión de su dómine, tiene relámpagos color de rosa y truenos armoniosos. ¡Vamos, dice, dirigiéndose al robusto auriga auvernés, que parece agobiado bajo colosales escarapelas, llega a ese tunantuelo y ofrécele cuanto quiera por el juguete que desea el señorito!

El zafio auvernés desciende del alto puesto en que se le ha colocado y se acerca al menestralillo, que cruza en este momento con su fusta de caña el lomo pintado del caballito.

Aquellos señores, dícele, sin advertir el mal efecto que su presencia causa en el pequeñuelo, desean comprar tu caballo; pide por él cuanto quieras...

¡No lo vendo!.., responde el niño, fijando su asombrada pupila en el auvernés, y abrazando su caballejo, con el afán de Praxiteles cuando trataban de robarle su centauro de mármol de Paros.

¡Necio, pide dinero por él!, repite el hombre con faz torva.

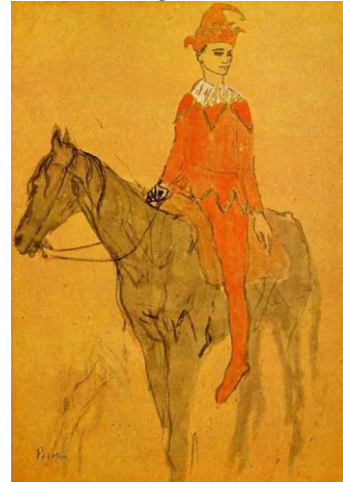
El menestralillo retrocede algunos pasos, arrastrando tras sí a su juguete; y se niega a cederlo, aun tomando en cambio uno de los caballos vivos. Vuelve el auvernés al coche; luego toma al niño de la



blusa, llevando entre sus huesosos dedos un billete de banco, y sin andarse en contemplaciones, ase del brazo al menestralillo; pone en su temblorosa manecita la tira de papel; y, a trueque de romper la cinta de seda que sirve de brida al caballejo, se lo arranca brutalmente, llevándolo al

conde en miniatura, mientras el menestral llama con desesperantes gritos a su pobre abuelita que dormita más lejos.

Nerón coloca la codiciada presa sobre sus rodillas y la carretela se vuelve a eclipsar en una nube de polvo dorada por el sol poniente. A los gritos del menestralillo se acercan los curiosos que despiertan a su abuelita y le muestran el billete tentador, del cual el niño hace distraído una pajarita de papel. La vieja consuela a su nieto y contempla sonriendo el billete, en el cual ve distintamente toda una ganadería de yeguas de cartón y de caballitos de caña.



¡Aún tienes que dar las gracias a esos buenos señores! dice, evitando que su nieto termine la pájara, con grave peligro de la integridad del papel moneda: ¡Dios les pague el favor que te han hecho!

II

Las campanas de la aldea repican y repican: parecen vírgenes locas que vocean en la espadaña.

Se casa la mejor moza del pueblo con el menestral más garrido; la parentela de ambos cónyuges envuelta en sus largas capas de paño burdo y en sus oscuras mantellinas penetran en ordenada fila por el porche del templo; allá, bajo la única nave y ante el sencillo altar, dos seres felices están bajo el más suave de los yugos.

Sonríe la mañana, a pesar de la niebla que procura cubrirle el rostro, y las niñas casaderas se agolpan en el atrio, para ver si la novia trae las orejas coloradas y los ojos bajos.

De repente la niebla arroja de su seno algo que parece vivir en ella, algo que en ella se perderá si antes no la rompe el sol naciente.

Son los monteros de Nerón, los monteros de Nerón con sus traíllas, sus bocinas, y sus caballos fogosos y corredores. A la cabeza viene el noble adolescente que lo mismo caza ciervas que mujeres hermosas; su corcel cuatralbo parece de cartón pintado; ni

piafa ni escarba, ni mueve las orejas. Se ha colocado tras de la cruz de hierro que se eleva en medio de la plaza pública y permanece allí como en acecho.

Bien dijo el que dijo, que tras de la cruz está el diablo.

Tañen y tañen las campanas, termina la misa y sale el cortejo. Los novios van sonrientes y satisfechos; ella oprime la mano de él y baja los ojos; él no tiene miradas ni sonrisas más que para ella.

¡Qué hermosa es la desposada! Las mozas del pueblo sólo la



han encontrado dos *peros*; tiene el cuello demasiado redondo y el pie un si es no es menudo y carnoso como las almendras. Apuradas se vieron al tratar de sus ojos y de su boca; no hubo en cuatro leguas a la redonda ojos y bocas que le disputaran la primacía.

Al divisar a los cazadores el novio estrecha a la novia fuertemente como si temiera alguna cosa. La novia, fijándose en las lujosas libreas, sólo se atreve a murmurar estas palabras: *el señor Conde va de cacería*.

Y no hubiera podido decir una más; porque en aquel momento sonaron las bocinas, ladraron los fustigados perros, y partieron los caballos á rienda suelta.

Y en la furiosa desbandada atropellóse a los de las capas burdas, sembróse el suelo de mantellinas y huyeron las mozas como bandadas de alondras.

Y el novio y la novia se quedaron estupefactos, y el novio reconoció a Nerón cuyos ojos brillaban como aquel día en que se apropió su caballo de pasta en el arrecife de la villa.

Y quiso gritar y no pudo, y pretendió impedir que le arrebataran su compañera que aún estaba adornada de azahares y

le sujetaron veinte brazos hercúleos, y quiso pedir auxilio a los mozos del pueblo y se vio solo y atarazado, mientras galopaba el corcel vivo de Nerón, llevando sobre su lomo al alma de su alma y a la carne de su carne.

¡Buena pieza había cazado el Sr. Conde!

Un hombre que llora acaba siempre por hacer reír a los demás; ise fruncen de tal modo los labios, y se encorva la nariz de una manera tan cómica!

Los mozos del pueblo acabaron por reírse del novio y envidiar a Nerón. ¡Cómo iría por aquellos llanos en su corcel que bebía los vientos!

Cuando el menestral, que era sastre, tomó aquel día medida a sus parroquianos, retozaba a estos la comezón en el cuerpo.



El menestral parte aquella noche para la villa.

Al llegar a ella, compra un juguete que no ha de antojársele al hijo de Agripina; una compañera que no ha de desear el noble adolescente. Es un juguete limpio y punzante, una compañera muda y terrible como los deseos que le aquejan; acaricia su hoja con su mano convulsa y le hace lugar junto a su pecho.

Cuando anochece se oculta en los oscuros ángulos del palacio de Nerón o se agazapa a un descuido del portero tras las estatuas de la escalinata; estas estatuas son silenos de mármol blanco que se le ríen en las barbas de hito en hito.

De vez en cuando, pregunta a las vendedoras de palomas torcaces que moran cerca del gran solar, si han visto entrar o salir a su desposada. Las viejas vendedoras hacen un expresivo mohín y contestan al importuno:

¡Toma, toma! en la pajarera del señor hay muchas aves de esa pluma.

Así transcurre el tiempo hasta que cierta noche el juguete de acero halla el empleo apetecido.



Nerón ha de salir por la puerta falsa y el cuchillo del menestral puede entrar en su espalda derechamente. Pegado al muro, como uno de los monstruos platerescos que le adornan, aguarda el chirrido del cerrojo, con el corazón palpitante.

El golpe es certero; al detenerse un punto, el que salía, la hoja acerada ha penetrado horriblemente por su costado izquierdo.

Las linternas de los hospitalarios caen sobre el rostro del muerto y poco después sobre el del asesino. ¡Terrible decepción!; el muerto es el ayuda de cámara de S. E. Agripina contempla tranquilamente desde la galería condal aquel sangriento suceso y pide con la curiosidad inexplicable de las matronas de su raza el cuchillo manchado de sangre.

Las gentes se han apercibido de la caprichosa petición de la Condesa y dicen, para sí, contemplando al matador con ojos centellantes: ¡He ahí un pícaro afortunado! la señora Condesa le ha mirado con piadosos ojos.

III

Nerón se divierte.

O lo que es lo mismo, el Conde prolonga la orgía de la noche hasta las primeras horas de la mañana. La descompuesta mesa manchada de vino conserva aún los búcaros de flores marchitas y los volcados fruteros en los que las manzanas ostentan la señal de los menudos dientes de las comensales.

Teclas que más que notas dan quejidos; carcajadas que más que carcajadas parecen roncadas tormentas; besos que más que besos son torpes alardes; forman en aquel espléndido aposento ese

infernol desconcierto que sólo puede soportar el cerebro cuando el alcohol vibra y se pierde en sus circunvoluciones.

Nerón, vacilante, presenta su estrecha copa de champagne, llena hasta los bordes, a una joven vestida de blanco como Margarita y robusta como la Teresa de Rousseau, llámala Flor de Nieve, recordando que la robó en la aldea coronada de azahares y con los atavíos de desposada. Otros hombres y otras mujeres cruzan el ancho salón, que da a la plaza pública y por cuyos lujosos cierros penetran las primeras luces del alba. La orgía tiene como el mar sus oleadas y sus calmas chichas. Rueda una botella o se entona a media voz un cantar voluptuoso; agrúpanse todos aquellos seres animados por el vino o huyen a los ángulos atropellando a los que encuentran al paso.

Las bujías casi consumidas, cuyos largos pábilos dejan en el ambiente una imperceptible columna de humo, arden a pesar de la presencia del día.



¡Qué idea de la luz tendrán aquellos cuerpos entumecidos!

Va a sonar la última canción; Flor de Nieve se reclina tendida sobre un escaño después de apurar la copa que le presenta el Conde; su cuello desnudo tiene la transparencia del alabastro y su boca contraída es semejante a una rosa picada de abejas.

La donna é mobile
qual pluma al vento...

Repiten algunas voces roncadas y destempladas en un corro:
mutta d'acento
e di pensiero.

Responden en el de más allá, chocando las largas y estrechas copas.

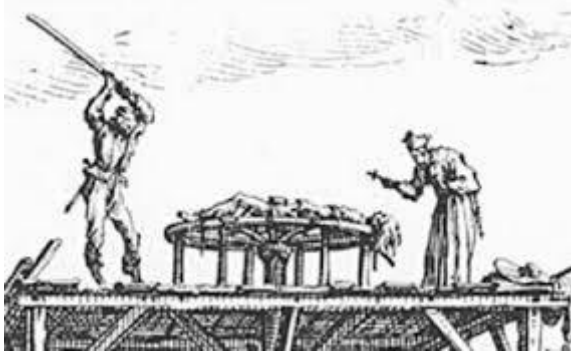
De repente el redoble de un tambor y el vibrante repiqueteo de una campanilla de mano hacen retemblar los cristales de la

estancia. Los cantos báquicos se suspenden por un momento y la voz de un hermano de la Caridad se escucha distintamente bajo los balcones.

La voz dice con entonación melancólica y punzante:
 ¡Para hacer bien por el alma
 del que van a ajusticiar!

Nerón frunce las cejas y llena de nuevo su copa; Flor de Nieve palidece, bebe, y prorrumpe en una histérica carcajada; los comensales, asiendo cada cual a su pareja se agolpan a los balcones y abren las maderas con curiosidad inexplicable; el sol que se asoma también en aquel momento a los balcones del cielo, juega con los azulejos de la torre cercana.

A la asombrada vista de los curiosos surge un terrible espectáculo. Un reo que va a morir, los guardias, los agonizantes, el tambor ronco y destemplado, los hermanos de la Caridad y el siniestro ejecutor de la justicia.



oración.

Ante la triste aparición, los rostros demacrados de aquellos apóstoles del vicio se tornan lívidos y lacrimosos; sacuden por un momento la modorra y murmuran por lo bajo una

Nerón y Flor de Nieve se unen al curioso grupo en este momento.

El cortejo desemboca por la calle próxima lentamente; primero los guardias, después los frailes, luego el reo, detrás el verdugo.

Flor de Nieve lanza un grito horrible que sofoca Nerón aplicándole a la boca su perfumado pañuelo. Ha reconocido a su esposo, a pesar de que se cubre el rostro con los oscuros pliegues de su ropa.

El reo alza los ojos; aquel ¡ay! ha penetrado en su corazón sacudiéndolo rudamente.

¿Vio o no vio la cabeza del Conde junto a la de su esposa?

El Conde saca un puñado de monedas de plata que arroja desde lo alto y que hacen al caer en la ancha bandeja de la Caridad un ruido estridente; después dice cerrando el maderaje del balcón y arrastrando tras sí a sus parásitos:

¡Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar!

Pocos momentos después y mientras el cortejo se pierde por la calle frontera, resuena de nuevo en el salón la canción báquica:

La donna é mobile
qual pluma al vento
mutta d'accento
e di pensiero.

Las ancianas que piden en el pórtico y que han visto caer sobre la bandeja de plata aquella copiosa limosna dicen, santiguándose, por lo bajo:

¡Viva muchos años el Sr. Conde! Ya que no puede salvar el cuerpo del desgraciado asesino, procura salvar su ánima. S. E. encuentre el premio merecido en la vida perdurable.

BENITO MAS Y PRAT."

Aquí llegó. Cada uno de mis lectores, que aplique dicha fantasía a algún hecho que conociera, ya sea por haber sido testigo, ya fuere por lo que sus mayores le contaron.

A mí, en alguna ocasión, me relataron hechos más o menos parecidos y no me extrañaría que el ecijano Benito Mas y Prat, teniendo en cuenta la fecha en que vivió, fuera testigo directo o indirecto, de los caprichos de algún noble que por aquellas fechas tenían más poder del que podemos imaginar, fruto ello de sus buenas relaciones y "*ciertas donaciones y obras benéficas*" con y a las altas instancias de la nación.